

Elías Canetti y el tiempo

Carlos Vásquez Tamayo

Lo que quiero hacer es establecer un diálogo con un apunte de Elías Canetti de 1983 que dice: “*Nadie conoce el corazón secreto del reloj*”. Este aforismo en verdad intimida, es tan claro, tan contundente, está tan abierto y al mismo tiempo cerrado sobre sí mismo, dice tanto y a la vez calla a su manera lo suyo, que no es fácil acercarse a él, medir la distancia para que ese diálogo que pretendo hacer no sea invasivo ni irrumpa violentamente en esa cavidad hecha de palabras y de tejido entre esas palabras y no las ponga a decir otra cosa, a decir aquello que quien habla quiere que diga y le impone que diga. Más bien, por el contrario, un diálogo que sepa mantener atenta la escucha, que sepa hacer silencio mientras lo oye, mientras escucha repetir su decir y pretende a la vez ir diciendo algo, quizás interrogando, abriendo un espacio de audición para que el aforismo more ahí.

Es emocionante acercarse a él, de lo que habla es precisamente de eso, el tiempo, y lo hace y quizás, es la primera señal de ese aforismo, recordando que esto no se puede mencionar sin que a la vez suceda, no se puede hablar del tiempo sin tiempo, sin estar en él, sin dejarse llevar por él, sin querer retenerlo, aunque sea un momento, atarlo a las palabras del aforismo para que el tiempo no se vaya tan deprisa o no se vaya de una manera desconsolada y pueril. El primer sentido de esta palabra es que detiene el tiempo, lo recoge para nosotros, lo pone a vibrar ante nuestros oídos y, maravilloso don de la palabra escrita, hace que nos juntemos misteriosamente con esa palabra

y, por su intermedio, entre nosotros y vivamos una especie de sortilegio al sentir que el tiempo está entre nosotros y que podemos entretenernos con él. En realidad, y todos lo padecemos y todos lo sabemos, es él, el tiempo, el que se entretiene con nosotros, juega con nosotros, parece como si nos mirara y nos viera flotar allí, apostar allí, arriesgarnos a estar ahí, no en vano los hombres han poblado el cielo de dioses que desgranar el tiempo, que lo van entregando y al mismo tiempo lo van hurtando y mantienen guardado su enigma, el hombre no ha hecho sino tocar su mente de dioses para retener su existencia en el tiempo.

Este aforismo es una invocación a ese carácter misterioso y dice, en mi modo de escucharlo con ustedes, esto: *lo primero*, nadie, es decir ninguna persona, ninguno de quienes estamos aquí pero tampoco de quienes nos antecedieron, los que hablan otras lenguas, los que viven otras experiencias o por ejemplo aquellos que dependen de nosotros para ser el futuro, nadie, ni los de antes ni los de ahora ni los de después, nadie en ninguna de las modalidades del tiempo que llamamos cronológico, nadie, es decir ninguno y sobre todo con toda seguridad no yo: eso de lo que este aforismo habla es un enigma para mí y al mismo tiempo me hace pensar que yo soy un misterio y que soy un enigma para mí porque corro y me desvivo y voy detrás de eso y me dejo arrastrar por eso que es el tiempo, el tiempo hace conmigo lo que quiere, piense yo lo que quiera de él se sustrae a mi pensamiento y es *lo segundo* que dice Elías Canetti: nadie somos todos,

ninguna persona puede llegar a conocer, a saber. La palabra conocimiento y la palabra saber tienen aquí un sentido absolutamente precioso; Elías Canetti tiene claro que el tiempo es una vivencia, que el tiempo es una experiencia, que en el tiempo pensamos y que, porque pensamos en el tiempo, actuamos en él, hacemos y deshacemos con él; por ejemplo, lo derrochamos; por ejemplo, lo aprovechamos; por ejemplo, intentamos detenerlo; por ejemplo, soñamos con el instante capaz de convertirlo para nosotros en algo duradero. El dolor del tiempo es el deseo de la eternidad.

El conocimiento al que apela Elías Canetti es un saber rebotante de experiencia. El tiempo no puede ser entendido de un modo objetivo. Eso es una banalidad, es una de las maneras en que el hombre ha soñado que puede actuar sobre eso y administrarlo y dominar sobre él y ganar tiempo o perder tiempo, es decir, jugar con el tiempo.

En realidad, lo único que podemos conocer del tiempo nos lo da el conocimiento que tenemos de nosotros mismos. La pregunta por el tiempo es la pregunta por nosotros, apuntar al tiempo es dirigir o señalar hacia mí, si quieren que hable del tiempo me tienen que escuchar hablar de mí y cada cual mientras vive abre ese espacio de audición consigo mismo, se convierte en otra persona. para poder hablarle a esa otra persona de sí mismo que cada quien necesita, para tener una experiencia del tiempo, inventarse a otro para decirle algo, su vivencia de las cosas que le pasan.

Parece como si el tiempo, presurosamente, quisiera ir hacia el pasado, porque es el único estado del tiempo en que algo se retiene, se detiene, es la única condición del tiempo que podemos morar. Todo en el tiempo va

hacia el pasado y anhelamos el futuro por la sed de pasado que tenemos, cada hombre tendría que aprender a contarse desde que aprende a contar su vida, cada cual está destinado a narrar su vida incluso más aun que a vivirla. Sin la narración de la vida no hay vida que merezca la pena y para narrar la vida necesitamos a alguien, poca cosa sería que la narración fuera un soliloquio, esa palabra se hundiría en el tiempo y caería en la sordera, necesitamos a alguien para que retenga lo que le contamos y reteniéndolo lo enriquezca con sus propias vivencias y en ese encuentro entre lo que se cuenta y lo que se vive, halle una experiencia más grande, una experiencia con una capacidad de multiplicación mayor. Podría decirse, para emplear una palabra querida para Elías Canetti, que el recuerdo forma la masa de los aprendices del tiempo.

Nadie debería desdeñar lo que le pasa porque a nadie le pasa lo que le pasa a otra persona, nadie somos todos, es el más precioso de los singulares, de los irrepetibles, de los irremplazables. Por más que la expresión y la primera palabra del aforismo *Nadie conoce el corazón secreto del reloj* sea intimidante y dé la sensación de una ausencia absoluta de persona, quizás podría pensarse que es lo contrario, ese nadie es la masa pletórica de todos y cada uno, el vínculo de ese nadie que es una muchedumbre lo hacemos los que conversamos uno con otro, el yo y el tú, de tal modo que cada persona debería dedicarse a buscar tiempo para contarle su vida a otro y ese es el sentido precioso de la morada del tiempo que es la conversación.

La conversación impide que el tiempo se vaya, que el tiempo se malgaste, que el tiempo caiga en la banalidad. La conversación recoge el tiempo y acompaña su paso



Ana Bustamante. Proyecto Cartografía del pliegue

y hay una suerte de vacíos de tiempo que van brillando ante nosotros y la conversación le va dando palabras al tiempo. El terror del reloj es la mudez del tiempo, el tiempo pánico es el tiempo sin palabras, no nos podemos dejar quitar las palabras y las palabras se protegen y tienen tiempo si nos demoramos conversando. Eso tiene un importantísimo sentido para Elías Canetti y para nosotros: el sentido de eso es que la forma de endulzar el tiempo es la palabra conversada; sin ella, el tiempo es amargo y se seca y nos vuelve estériles. Lo cual, entre tanto, nos advierte de la urgencia y la necesidad de abrirle tiempo en nuestras vidas a la conversación. El que no tiene tiempo

para conversar está perdido en el tiempo, es arrastrado de una manera inclemente por él; podría decirse que, sin la conversación, la vida cae en lo previsible, la conversación tuerce el tiempo, es como ese recodo de las pequeñas quebradas y del correr de las breves aguas que se detienen en los márgenes a jugar con las piedras.

Podemos dulcificar el tiempo aminorando su caída, lentificando su marcha: el tiempo en la conversación es la pócima contra la desgracia y de eso sí que sabemos todos nosotros, todos, y nadie lo sabe, pero todos lo experimentamos. Depende de nosotros que el tiempo se deje mirar.

Está en nuestras manos que el tiempo no se filtre por nuestras manos, hemos de rogarle que nos mire y tenga consideración con nosotros y nos consuele; de lo contrario, estamos en medio de la borrasca, precipitados en los brazos y en las manos de un conocimiento feroz, un conocimiento que busca objetos y que convierte en objeto todo, un conocimiento que quiere explicar todo. La desgracia del tiempo es la obsesión de la explicación. Hay cosas que no se pueden explicar, la explicación o la carencia de explicación no es una falta, no es una ausencia, es más bien una plenitud, hay cosas que nos piden que no hablemos de ellas; por ejemplo, el tiempo. Eventualmente, el tiempo nos pide que no nos refiramos a él, que no lo convirtamos en algo medible, en algo cuantificable.

32

Ante lo que estamos situados en este momento, en el diálogo con el aforismo de Elías Canetti *Nadie conoce el corazón secreto del reloj*, es ante dos formas excluyentes de conocimiento: una, la de la avidez de los objetos, aquella que no resiste situarse ante nada, si esa cosa o esa nada no pasa por la delimitación y por la tiranía de los conceptos, las nociones, de las categorías o de la medición, y esa otra forma de conocimiento que solo se tiene dentro, dentro de nosotros mismos, en diálogo con nosotros y en una relación sin mediación con las cosas.

El tiempo se ha vuelto un desierto, pulula tiempo, el tiempo se dispersa en todas las direcciones, la criatura humana está consumida por la fiebre de un tiempo voraginoso y estéril, la tiranía del futuro hace presa de nosotros, nuestros proyectos, nuestros planes,

Las ideas que tenemos del mundo, la intervención que tenemos sobre el mundo,

sobre la naturaleza, nuestro frenesí que ha llevado una absoluta falta de medida, lo han dicho los poetas, lo repiten los poetas, la naturaleza misma grita y le pide al hombre que la libere del yugo del tiempo que es el yugo de la multiplicación, de la productividad, de la objetivación, la naturaleza está ahí desesperada, pide de nosotros que la tratemos como al prójimo. Nunca antes la naturaleza se había manifestado de una manera más desesperante y más cruel. Entre tanto, el hombre y su fiebre consumen todo lo que tocan, es un hecho palmario, las operaciones de la aritmética actúan sobre el tiempo de una manera destructiva.

Sumamos tiempo y no experimentamos nada, restamos tiempo; es decir, robamos un tiempo que le pertenece a las cosas y a los otros. No hacemos sino hurtar el tiempo que no nos pertenece, habitamos el tiempo como si estuviera disponible, como si fuera infinito, como si fuera para nosotros una especie de despensa inagotable, multiplicamos el tiempo multiplicando objetos y llenando el espacio de objetos, nunca antes se había visto un frenesí comparable a este, la necesidad de objetos y de producir objetos del hombre es la tristeza del tiempo, y al mismo tiempo lo dividimos, no resistimos que el tiempo sea pleno, sea múltiple, sea disperso, estamos obligados todo el tiempo a administrarlo con estas operaciones, la más terrible de todas, quizás, la división porque opera sobre nosotros precisamente como un agente de división, el tiempo se vuelve un objeto de pugna e impone e inspira en nosotros relaciones unidas en la rivalidad.

Estupefacción de la aritmética ante la intratabilidad del tiempo. Entre tanto, el tiempo sigue pululando en nuestra vigilia y en nuestros sueños, está por doquier en

nuestro aire, fluye como el agua y reverbera ante nuestros ojos como el fuego. Incluso el tiempo es la maternidad de la tierra que consolará nuestros huesos. Esa magnanimidad del tiempo conmueve a pesar del estrujamiento al que lo sometemos, está ahí paciente, la paciencia del tiempo no tiene nombre, la inocencia del tiempo, la ausencia completa del resentimiento en el tiempo, el hombre se venga de todo, sobre todo del tiempo y la venganza del hombre sobre el tiempo se llama espíritu y el espíritu se ha dedicado a maltratar esa sustancia fluida, misteriosa como la arena, profunda y transparente como el agua, helada como el corazón del fuego, invisible y dadora de vida como el aire que respiramos. en los elementos está el tiempo y el tiempo es su sustancia y su respiración.

El aforismo de Elías Canetti que sigue ante nuestra vista y que en lugar de agotarse con estas palabras que yo entono, pide en nosotros consideración y quizás silencio y reflexión. En algún apunte Elías Canetti dice: es molesto explicar los aforismos, es como revocarlos. Mientras hablo, pienso cómo hacer para no revocar este pensamiento, lo importante del pensamiento es que actúe sobre nosotros como un mazazo, una especie de golpe instantáneo de tiempo. La belleza inagotable del tiempo es el instante, nuestra vida está hecha de instantes separados unos de otros de manera abismal. No percibimos la separación extraordinaria entre los instantes porque necesitamos menesterosamente un tiempo continuo, pero en realidad el secreto del tiempo es el instante, su magnificencia está ahí, cada instante es la plenitud de todo el tiempo, tanto que bastaría, para que una vida se realizara plenamente, con un solo instante. Es posible que Elías Canetti diga que a cada hombre le están destinados unos cuantos

instantes y que la labor de toda una vida o de cada vida es encontrar los instantes de los que esa vida está hecha y vale la pena dedicarse a estudiar y a buscar y a esperar y a prepararse para hallar ese pequeño manojito de instantes que hacen que una vida sea necesaria y que cada vida merezca el don de la inmortalidad. La inmortalidad de cada vida está en los instantes que cada vida lleva; los instantes, en realidad, son indestructibles.

Lo tercero que este aforismo dice es que esto que llamamos vida y que está hecho de tiempo funciona como un organismo, un organismo vivo cuyo símil es el cuerpo, el cuerpo humano o el cuerpo de los animales, nuestros hermanos, y ese organismo está hecho de funciones y de talentos y de potencias y tiene necesidades que hay que colmar, pero sobre todo tiene tantas cosas que dar, la vida es un organismo movido por un corazón y ese corazón está atento Y es la inteligencia de la vida y la virtud de ella y eventualmente también su maldad y no sabemos el corazón que alienta esa respiración y que prodiga esos latidos donde está, y no sabemos ese corazón de qué está hecho y menos aun sabemos cómo funciona, cuál es su lógica. A diferencia del organismo que nos sirve de símil, este corazón es un corazón secreto y ese secreto es un enigma y ese enigma nunca se agota, es imposible conocerlo, está más allá de lo que podemos saber, eventualmente podemos experimentarlo, alguna vez podríamos escuchar uno de sus latidos o verlo palpar, pero ese corazón se hurta de nosotros y no quiere dejarse ver ni conocer.

A qué se debe ese secreto, qué secreto se guarda ahí. La idea que Elías Canetti tiene de los relojes es una idea negativa. Para Elías Canetti el reloj es quizás uno de los



Ana Bustamante. Arruga. Geografías de lo que ha sido. Instalación interactiva de rollos de papel colgados para arrugar. 2023.

mitos más pobres, una forma piadosa de intervenir el misterio, el tiempo no pasa por los relojes, hay, más abajo de eso, lo que Canetti llama un corazón secreto.

Vamos a dar un paso, agregando al aforismo *Nadie conoce el corazón secreto del reloj*, un apunte de Elías Canetti. Elías Canetti nació en 1905 en una pequeña ciudad sobre el Danubio en lo que hoy se conoce como Bulgaria y murió en Suiza en 1994 y escribió su obra en lengua alemana. El apunte que les voy a leer y que nos permitirá quizás hablar o acercarnos a ese secreto o a ese corazón secreto de los relojes es de 1969:

El hombre que vive fuera de las divisiones habituales del tiempo no sabe qué día de la semana es, no conoce mes ni fecha y nada sabe del año, pero conoce otros hombres y vive entre ellos. Cómo lo hace, se sustrae al paso del tiempo, no lo registra, los relojes le son tan extraños como los calendarios y la historia no existe para él, es una digna contrafigura del hombre que intenta salvarse de los precios. A este siempre me lo he imaginado como un derrochador, pero no sería también una especie de derrochador el hombre que vive sin tiempo, el simple hecho de tener siempre tiempo lo distinguiría ya de todos los demás y tal vez su historia debería llamarse “el hombre que siempre tiene tiempo”.

Esta figura creada por Elías Canetti en este apunte de 1969, a saber, la del hombre que siempre tiene tiempo, paradójicamente el hombre que siempre tiene tiempo es el hombre que vive sin tiempo, que no tiene tiempo, que ha renunciado al tiempo y la prueba fuerte que Elías Canetti hace acá es imaginarse a alguien que sea capaz de vivir por fuera del tiempo. Quién es ese hombre que estaría quizás más cerca que ningún otro del corazón secreto del reloj.

Tiene tiempo siempre porque nunca tiene tiempo, porque no vive en el tiempo, porque vive fuera de las divisiones habituales del tiempo. Les da la espalda a las divisiones del tiempo, se sustrae completamente a ellas, renuncia a la tiranía de este tiempo que se cuenta, que se mide, que transcurre, que se sucede, no se somete a los dictados de este tiempo. Elías Canetti dice que el tiempo dicta sobre nosotros órdenes terribles y que parcela nuestras vidas y que habría que rebelarse contra eso, esta civilización es una civilización domadora del tiempo, incapaz de habitarlo en su plenitud y su grandeza. Esta civilización hace que

todo corra por las manos, es una civilización fabril que destruye y construye y vuelve a destruir.

El ritmo de ese ajeteo y de esa agitación es precisamente el reloj que establece distinciones artificiales entre el tiempo en el que se trabaja y el tiempo en el que se descansa, entre el ocio y la productividad, distinción que en realidad es una esclavitud. Para tener tiempo hay que renunciar a este tiempo; es decir, liberarse de él, dejar de recibir órdenes. El reloj es un tirano, todo el tiempo nos dice, nos lima. Incluso le pone ritmo a nuestro corazón, actúa sobre nuestro organismo con una disciplina férrea y divide nuestro tiempo en horas y en días y en semanas y en años y califica la distinción del día y la noche y ese es nuestro mito y a eso hemos llegado y en eso nos hemos convertido y pensamos que eso es un hecho. Incluso en esa idea del tiempo dividido, distribuido, repartido, respiran y se sostienen nuestras creencias.

Toda nuestra teología, nuestra escatología, están hechas de esa comprensión banal, esa puerilidad como resignación, falta de talento, falta de talento. En realidad, el tiempo no corre, no se desplaza, no avanza, el tiempo no pasa, en realidad cuando vivimos el tiempo como algo que pasa lo sentimos como algo que pesa y el tiempo es liviano y es grácil y es fluido y es intempestivo. Elías Canetti dice que la educación está hecha para convertir a las personas en sujetos hábiles, pero realizar ciertas actividades es una forma de imposición de esa tiranía de la comprensión limitada del tiempo. Una educación auténtica exigiría una vivencia otra del tiempo, en realidad la educación debería ser ocio. Debería ser despilfarro, debería ser gasto lujoso del tiempo y no la enojosa pesadez del aprendizaje.

Una mala comprensión del tiempo ha conducido a la educación a la privación a las personas de su multitud de talentos. En realidad, cada hombre está destinado a lo múltiple y cada persona debería ser muchas o varias y saber hacer varias cosas medianamente bien y dedicar su vida a cultivar diversos talentos. No tiene sentido la especialización, es una terrible condena la profesionalización y Canetti está pensando en alguien que le diga *basta* a eso.

El motivo por el cual a Elías Canetti el tema de los relojes y de la división del tiempo le preocupa es un motivo tremendamente humano y tiene que ver con esto, no solo la objetivación de la naturaleza sino la objetivación de las otras personas, el hecho de que las asumamos como objeto nuestro.

El corazón secreto del reloj es la violación de la prohibición esencial del hombre que es el *no matarás*, el tiempo está dispuesto hacia la muerte, el tiempo y su concepción reductiva justifica la muerte, el crimen, la guerra, las extinciones, las discriminaciones, la violencia que los hombres ejercemos unos sobre otros obedece a esa comprensión terrible, peligrosa del tiempo de los relojes.

El corazón secreto del reloj palpita como el corazón de un asesino y Elías Canetti muestra el tiempo histórico y la misma concepción de historia a la luz de ese peligro que es ya una realidad terrible, el peligro de la extinción de la especie, peligro que los hombres estamos rozando desde hace tanto tiempo con nuestras máquinas y nuestra técnica y nuestro conocimiento y nuestras ciencias y nuestra cultura. Pues bien, el hombre que se libera del tiempo lo hace buscando estar entre otros hombres, porque hasta ahora lo que el tiempo hace es separarnos y segregarnos.

La división del tiempo separa unos hombres de otros y los opone y justifica la objetivación y la maquinación y la manipulación. El reloj es un artefacto hecho para dar órdenes, el tiempo de los relojes es el tiempo de los poderosos. El hombre capaz de sublevarse contra el tiempo objetivo toca la posibilidad efectiva de situarse entre otros hombres, de estar con ellos. Ese cambio es un cambio extraordinario, conmueve nuestra imaginación y pone suspenso en nuestras palabras, estar con otros, estar entre otros, no estar contra otros, pues todos, al fin de cuentas, estamos bajo la tutela de los relojes, unos contra otros, unos usufructuando a otros, unos dándole órdenes a otros, unos matando a otros.

La idea preciosa de Elías Canetti es que ese corazón secreto es un corazón terrible y que hay que inventarse una relación o un organismo donde la relación no pase por la tiranía del corazón. Para efectuar de manera fehaciente el *no matarás* y hacer viable y estable la prohibición de suprimir y matar a los otros, Elías Canetti dice que cada hombre debería hacer el intento de suspender los relojes en su vida, de no dejarse contar el tiempo y de no contarlos para sentir y presentir la posibilidad de morar con otros.

¡Qué giro extraordinario! Eso es tan fuerte, tan milagroso, que hace que la vida de cada hombre sea un hecho inmenso de responsabilidad. Por ejemplo, se pone en suspenso esa idea dominante del egoísmo de la cual es aliado el reloj: a fin de cuentas, el reloj cuenta el tiempo que me conviene, mi tiempo es mi ganancia, es mi provecho, el tiempo deja de latir y el egoísmo se suspende y es reemplazado por la misericordia.

La pregunta que cada hombre debería hacerse es cuántos hombres puede llevar consigo en el lugar dejado vacío por el ar-

tefacto terrible del corazón. La misericordia no es un gesto del corazón, por eso no es piadosa ni simplemente compasiva, la misericordia es un ademán del ser pleno, es el acto más elevado del espíritu. Al espíritu no lo controla el corazón, la misericordia es un estado de plenitud y de igualdad. Cuántos hombres soy capaz de mantener con vida, es la pregunta que importa, dado que lo que el reloj hace es todo lo contrario: cuántos hombres necesito que dejen de vivir para que mi espacio se amplíe, cuánta respiración soy capaz de absorber en provecho mío y en contra de los otros.

La idea preciosa que desarrolla Elías Canetti, idea clave para entender este terrible siglo veinte europeo y mundial es la idea del *superviviente*. Qué sentido tiene sobrevivir a los muertos, para qué sobrevivir y no quedarse por ejemplo amarrado en la culpa de la supervivencia. La supervivencia es terrible, da vergüenza sobrevivir en una tierra en la que tantos sufren tanto; no somos capaces de soportar la vergüenza, la única manera de escalar sobre la vergüenza es rescatando de la muerte a otros, como si nuestra alma fuera un campo de refugiados y la prueba de cada hombre y a lo que estamos destinados es la responsabilidad de salvar vidas y cada cual es responsable de un gran número de vidas.

Se justifica incluso llegar a viejo y tener una vida muy larga con el propósito de salvar más vidas; cada cual está destinado a salvar muchas vidas y para eso es el arte, el arte de vivir, en principio, pero el arte en general, métodos que cada cual se inventa para acoger a otros desvalidos, exiliados, arrancados violentamente de su propia vida y atenderlos y cuidarlos y protegerlos. El planeta es un campo de refugiados o es un campo de seres exiliados que no encuentran refugio y



Ana Bustamante. Arruga. Geografías de lo que ha sido. Instalación interactiva de rollos de papel colgados para arrugar. 2023.

este es el resultado del desencadenamiento del torvo tiempo de los relojes.

Esa responsabilidad que acabo de señalar, que justifica con creces vencer en uno el tiempo controlado, llega incluso a la pregunta de qué hice yo para evitar que esta o aquella otra persona muriera, es la gran pregunta de la responsabilidad, pues cada vida es responsabilidad de uno, uno no es responsable en principio de uno y de su vida sino de la vida de los otros y no solo de aquellos a quienes uno ama o conoce, sino de todos los otros, de todos y cada uno, razón de más para querer llegar a la vejez porque la muerte no es un hecho natural, porque el hombre no es un ser destinado a la muerte, porque no siempre los hombres han pensado que es natural la muerte porque la muerte nunca acontece en el momento justo, la muerte es injusta, es terrible y es el mal. Y si aún no encontramos la manera de vencerla completamente porque no tenemos los mitos ni los dioses ni el saber ni la ciencia. Al menos intentemos prolongar la vida y la vida se prolonga pensando en ella y hablando de ella y combatiendo todo aquello que en ella le hace juego a la monstruosidad de la muerte. Es impresionante ver cómo todo está hecho bajo el influjo del reloj para el imperio de la muerte, aun las cosas más nobles, las virtudes los valores los credos. La fidelidad a la muerte da grima. El hombre se ha vuelto una criatura cobarde y admite la muerte y la coge como su hermana, sabiendo que la muerte es horrible y es una condena y es una enfermedad.

Se justifica tratar de prolongar la vida, y las ciencias, si tuvieran dignidad, deberían aplicarse sinceramente a eso y no administrar la naturalidad de la muerte que es una naturalidad fingida, la prueba más fuerte que el hombre tiene es devolver a alguien de la

muerte y, que sepamos, nadie lo ha logrado. La excepción que sentimos con las religiones y con las figuras sacerdotales proviene de ahí, no han sido capaces de volver a la vida a un muerto, lo hemos hecho de manera sucedánea y vale la pena que lo sigamos intentando de esa manera, por la vía de la imaginación y de la creación poética, pero tenemos que intervenir también la realidad, aunque eso parezca muy poco. La relación del hombre con los muertos da mucho que pensar y es decepcionante; cualquier relación que tengamos con mitos que merezcan ese nombre nos enseña que el hombre de esas culturas lograba establecer una relación vívida, constructiva, creadora, salvífica y consoladora con sus muertos. La lógica del superviviente, por el contrario, consiste en apartar ritualmente a los muertos y evitar su contagio y una cultura que no es capaz de dialogar con los muertos es una cultura terriblemente incompleta.

Voy a compartir con ustedes un apunte de Elías Canetti en el que se abunda acerca de la figura de este hombre que se rebela contra el tiempo. Quién es él, qué esperamos de él. Se trata de un apunte de 1960:

Y ahora se venga el persistente rechazo del tiempo, su curso jamás ha existido para mí, nunca lo he sentido como un río que pudiera secarse, era inagotable a mi alrededor, un mar en el que yo flotaba a la deriva hacia todos los lados y me parecía natural dejarme arrastrar siempre más lejos. mi tiempo no podía llegar nunca a su fin. Todo cuanto me proponía era para la eternidad y tenía a mi disposición eternidades para el proyecto más ínfimo. Fui en busca de todos los dioses antiguos dispuesto a reconciliarlos dentro de mí, con todos los pueblos fui llenando mi espíritu, así expié la presunción de mis antepasados, no busqué dirección alguna en la historia. Por estar al borde de la desaparición,

lo más pequeño tenía para mí mayor validez que lo más grande. No aceptaba el sacrificio de ninguna vida, daba cabida en mi interior a todo cuanto no tuviera ya cabida en este denso mundo y ahora no soy menos ancho que el mundo y siento cómo le doy alcance en todas partes. La arrogancia de quien solo existe para sí mismo me resulta cada año más extraña. Hoy día sé lo poco que soy por mi origen y lo mucho que soy en el vasto aliento del espíritu. Pero una vez alcanzado este objetivo advierto lo vano de mi empresa, he escarnecido al tiempo y ahora se me agota.

El apunte es de una riqueza inmensa y está en consonancia con algunas de las ideas que hemos estado desarrollando. Lo primero que llama mi atención es el uso de la primera persona, el uso del yo. Es un apunte completamente testimonial por parte de Elías Canetti. Uno podría decir que en este apunte hay un ejercicio del yo que hace pensar que con todo y lo terrible que es ese yo y todo lo pernicioso que se deriva del ejercicio atento y consciente de la identidad, el yo es un terreno y un territorio aún no agotado, todavía se justifica el que yo diga algo. En más de una ocasión, Canetti dice que es muy pudoroso y cuidadoso en usar el yo, de hablar en primera persona, y habla de una manera muy bella. Los apuntes dan testimonio de eso, de las ventajas eventuales de hablar en *tú* o en *él* o, eventualmente, en *nosotros* y dice que el yo hay que reservarlo para momentos especiales. Podría decirse que este es un momento especial en el sentido en que Canetti, con toda claridad, da cuenta de lo que hace que una vida se justifique, lo que hace que la vida de un hombre tenga sentido. Mi vida tiene sentido porque logré zafarme de la idea del tiempo sucesivo, nunca actué pensando en mi propio provecho, nunca hice nada pensando en lograr un determinado objetivo, la vida que se planea se desperdicia, se despilfarra.

En realidad, por el contrario, todo en una vida es milagroso, en ella todo se nos da, nada resulta del cálculo penoso que hacemos. Entre nuestras previsiones y nuestros logros no hay prácticamente nada y el que vive su vida buscando calcular determinados resultados la desperdicia y la malogra. Canetti pone particular énfasis en sus contemporáneos, sabe que el siglo ha atravesado una línea terrible, que es la línea del exterminio y la *solución final*, la línea del asesinato masivo y científico de millones de hombres, y la única manera de recuperar una chispa de esperanza es interviniendo con la mirada, con esa mirada que abarca, protege y arranca del delirio de los asesinos. Sólo a partir de esa mirada magnánima, mirada capaz de todo porque no se propone nada, podemos a lo mejor soñar la posibilidad de una vida larga. Elías Canetti habla con toda naturalidad de trescientos años. Les deseo a cada uno de ustedes trescientos años de vida, para que ustedes, mirando, puedan proteger a otros hombres y garantizarles el derecho a trescientos años de vida, dado que, por el contrario, lo que los hombres estamos haciendo es condenando a los demás a vidas breves, a vidas que se acaban de manera cruel y sanguinaria.

Conquistemos mirando y protegiendo, palmo a palmo, espacios de vida para que la vida vuelva a ser asombrosa y problemática y podamos acceder de nuevo a la felicidad, derecho inalienable de todos.

Referencias

Canetti, E. (2006). *Apuntes (1942-1993) / Obras completas iv*, edición de Ignacio Echevarría, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores.

Carlos Vásquez Tamayo es poeta y ensayista. Entre otros, ha publicado los libros: *El oscuro alimento*, *Hilos de voz*, *Aunque no te siga*, *Pequeña luz* y *Ahora juntos*.